

Leslie Spak: la libertad de no pertenecer

Leslie Spak: the freedom not to belong

Equipo editorial de *Acta Herediana*

© Los autores. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v69i1.8154>

En octubre de 2025, la exposición *Mishiguene* confirmó a Leslie Spak como una de las voces más singulares del arte peruano contemporáneo. En la revista *Caretas*, el crítico Luis Lama destacó la muestra como una de las mejores del año, un reconocimiento que parecía confirmar algo que su obra venía anunciando desde hace tiempo: la existencia de una mirada propia, inquietante y entrañable, construida a partir de los fragmentos de la memoria, el deseo y la imaginación.

En *Mishiguene*, individual presentada por la artista en la galería Fórum, Spak convertía la locura y el descaro en materiales creativos para cuestionar cómo vivimos, qué deseamos y contra qué nos rebelamos. El punto de partida eran dos palabras en *yiddish* que funcionaban como brújula conceptual: *mishiguene* (locura) y *chutzpah* (audacia desbordada). Pero, más allá de la semántica, la muestra desplegaba un imaginario donde lo íntimo y lo político, lo erótico y lo bélico, lo sagrado y lo banal se entrelazan con ironía y desparpajo.

Formada en cine y fotografía, Spak se mueve con naturalidad entre el bordado, el *collage*, el dibujo y la intervención fotográfica. Su trabajo explora la búsqueda de una identidad tensionada por las expectativas familiares, las normas sociales y los territorios más íntimos del deseo y la fantasía. Ya en *Sangre*, el fotolibro que publicó en 2016 con la editorial argentina La Luminosa, la artista insinuaba esta preocupación por los vínculos afectivos y las herencias emocionales.

Atravesada por un humor macabro y una imaginación que se mantiene deliberadamente al margen de modas y consignas, su obra no ofrece respuestas ni moralejas. Propone, más bien, preguntas (incómodas a veces, tiernas otras) sobre cómo vivir con los otros, cómo sostener el deseo sin renunciar a la libertad y qué hacer cuando las normas sociales dejan de ofrecernos respuestas convincentes.

Esa condición liminal es, quizá, el núcleo de su trabajo. Spak observa desde los márgenes —de la norma, de la familia tradicional, de las expectativas sociales— y encuentra allí una forma singular de libertad. Sus obras son espejos rotos en los que nos vemos desencajados y reconocemos algunas de nuestras obsesiones más persistentes: la presión por encajar, la vigilancia convertida en neurosis, la resistencia al mandato colectivo y la extraña capacidad de reírnos mientras todo arde.

Tu formación inicial fue en cine y fotografía, pero tu práctica actual atraviesa el bordado, el *collage* y la intervención de objetos. ¿Cómo llegaste a entender que una idea debía elegir su propio medio?

Pasar a otros medios fue una respuesta a querer explorar la materialidad. Necesitaba dejar la computadora y poder intervenir con mis manos la pieza. Luego, como en todo lo que me pasa en mi trabajo, voy descubriendo en el camino el porqué de lo que hago. En el caso del bordado, no solo cambié los tiempos que me tomaba

crear, sino que logré disfrutar más del proceso y sentir una especie de conexión conmigo y, a la vez, con mi trabajo de una manera más pausada y reflexiva. Con el dibujo, en cambio, quise retomar la rapidez porque lo que buscaba registrar era más visceral y necesitaba otros tiempos. Lo mismo me pasa con los distintos materiales que uso, cada sensación que tengo requiere de un soporte distinto.

Muchas de tus obras parten de fotografías o imágenes preexistentes. ¿Qué buscas en ese archivo visual antes de intervenirlo?

Cuando trabajo con lo figurativo, siempre parto de imágenes preexistentes, pero nunca de imágenes completas, siempre uso extractos de aquí y de allá, ya sean personales o no. Son *collages*, y lo hago así porque todo lo que busco crear funciona de la misma manera en que recordamos los sueños. Pueden ser imágenes conocidas pero que han sido interpretadas aleatoriamente por mi mente o mi inconsciente. Nada de lo que hago lo planeo *a priori*. Mi método se acerca más a la libre asociación y yo misma termino por descubrir lo que está dentro de mí una vez que termino la obra. Mis obras abstractas vienen desde otro lado, no sé muy bien cuál, pero a veces pienso que son vestigios de formas que voy descubriendo en mi día a día.

En tu trabajo aparecen con frecuencia temas como la sexualidad, la marginalidad y la identidad. ¿Sientes que el arte te permite formular preguntas que serían difíciles de abordar de otra manera?

Definitivamente, el arte me permite preguntar o decir todo lo que no sé cómo explicar de manera directa o explícita. Por otro lado, he descubierto que a través de él puedo explayarme con la libertad que no me dan las palabras, porque lo que mejor me funciona es trabajar desde la ambigüedad y las infinitas interpretaciones que cada persona le da. En ese contexto, no me limito ni me contengo. Lo que sí me río mucho, creo que el humor es una herramienta que tengo para aligerar un poco algunos temas o imágenes que de otra forma podrían ser muy dolorosos o inquietantes.

Existe una tensión constante entre delicadeza y violencia en tus piezas: la aguja que cose también perfora. ¿Eres consciente de esa dualidad mientras trabajas?

Hay una frase que, cuando la leí, le dio mucho sentido a

mi hábito de bordar. Es de una de mis artistas favoritas: Louise Bourgeois. Ella expresaba su fascinación por la aguja, «por el poder mágico de la aguja», y afirmaba que la usaba como un instrumento para reparar el daño. «Es una reivindicación del perdón. Nunca es agresiva, no es un alfiler», decía. Ella se refería al acto de coser como algo que sanaba heridas emocionales, supongo que porque tenía un carácter fuerte. Coser le quitaba la ansiedad, y la verdad que a mí también. Diría que, en muchos casos, me funciona tan bien como la benzodiacepina.

Muchas de tus imágenes tienen un carácter autobiográfico, pero nunca se sienten confesionales. ¿Dónde estableces el límite entre la experiencia personal y la ficción?

Estoy segura de que eso que me interpela a mí también resuena en muchas otras personas que han atravesado experiencias similares. El ejemplo más claro fue cuando trabajé en mi libro *Sangre* a partir del archivo fotográfico familiar de mi abuela. Antes de mostrarlo, pensé que nadie lo entendería porque, para mí, era un documento profundamente íntimo: había intervenido en Photoshop imágenes de una historia familiar muy rígida y formal y había llevado esas situaciones al absurdo, a un límite del humor y el horror, casi. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario. Muchas personas se reconocieron en ese trabajo y el libro terminó en importantes bibliotecas de Argentina, México, España, Italia y Estados Unidos. Creo que nuestros temores, inseguridades, impotencias, deseos y reclamos forman parte de una experiencia humana compartida. Es en ese tránsito donde lo personal deja de ser únicamente autobiográfico y se abre a la posibilidad de la ficción, la proyección y la identificación de los demás.

¿Hay artistas que hayan influido particularmente en tu manera de relacionarte con el arte?

Muchísimos. Creo que todo lo que consumimos, de una manera u otra, nos moldea: tanto lo bueno como lo malo. Si tuviera que mencionar algunos referentes concretos en el mundo del arte, Louise Bourgeois es una de las artistas que más me conmueven. También la fotografía de Nan Goldin; los *collages* de Grete Stern; el trabajo de Claude Cahun y su pareja, Marcel Moore; Kiki Smith; los retratos de Alice Neel; la obra de Martial Raysse; los textiles de Gee's Bend o el trabajo de la artista suizo-peruana Susana Perrottet, entre muchísimos

otros. Fuera del ámbito de las artes visuales, los libros de María Gainza y Miranda July suelen inspirarme y acompañar mis procesos de trabajo. Siempre estoy alimentándome de cosas nuevas, también suelo trabajar escuchando *podcasts* sobre política, arte o actualidad, aunque a la vez tengo la sensación de que me falta tiempo y espacio mental para leer, mirar y descubrir todo lo que quisiera.

¿Cómo es tu proceso de trabajo cotidiano? ¿Empiezas desde una imagen precisa o permites que la obra vaya encontrando su forma mientras avanzas?

Casi siempre estoy haciendo algo. Crear es mi manera de explorar, pero también de estar en el mundo. Si no se me ocurre nada especialmente interesante o no tengo ganas de empezar una obra nueva, intervengo mi ropa, hago dibujos o pruebo alguna idea sin demasiadas expectativas. Necesito mantener las manos ocupadas.

Muchas veces dejo trabajos inconclusos y vuelvo a ellos meses o incluso años después. Hay piezas que en un momento no tienen sentido para mí y que, con el tiempo, encuentran su lugar. También suelo deshacerme de muchos dibujos, objetos o proyectos que ya no me interesan. Ese gesto de depuración me ayuda a cerrar ciclos y a abrir espacios para cosas nuevas. Mi proceso es muy intuitivo. Cuando voy a bordar una

imagen figurativa, generalmente parto de fotografías que reorganizo en forma de *collage*; es casi el único momento en que hago un boceto previo. Pero en el caso de los dibujos, la cerámica o incluso la fotografía, la obra suele ir encontrando su forma mientras avanza. Rara vez sé exactamente cómo va a terminar. De hecho, una de las cosas que más disfruto es que el resultado final termine sorprendiéndome.

Si pudieras identificar la pregunta que ha acompañado toda tu trayectoria artística hasta hoy, ¿cuál sería?

Creo que la pregunta que ha acompañado mi trabajo desde el inicio es «¿qué hacemos con todo lo que nos conmueve o afecta emocionalmente?». Con los años he trabajado a partir de recuerdos, archivos familiares, emociones, obsesiones, pérdidas, inseguridades y también pequeños gestos cotidianos. Más que buscar respuestas, me interesa observar cómo esas experiencias se transforman con el tiempo y cómo algo profundamente personal puede encontrar eco en la experiencia de otras personas. Si hay una dimensión ética en mi trabajo, tiene que ver con prestar atención, con no apartar la mirada de aquello que resulta incómodo, frágil o difícil de nombrar, y con intentar darle una forma que permita compartirlo sin encerrarlo en una única interpretación.



Mi método se acerca más a la libre asociación y yo misma termino por descubrir lo que está dentro de mí una vez que termino la obra. **Mis obras abstractas vienen desde otro lado**, no sé muy bien cuál, pero a veces pienso que son vestigios de formas que voy descubriendo en mi día a día.



GALERÍA



Sin título, detalle (2025),
serigrafía en lona
(60 x 500 cm).



Sin título (2025),
dibujo con tinta y gouache
(21 x 13.5 cm).



Sin título, detalle (2025),
tela bordada a mano y aplicaciones
de tela a los costados
(106 x 165 cm).



Sin título, detalle (2025),
tela bordada a mano y aplicaciones
de tela a los costados
(106 x 165 cm).



Chicas (2020),
dibujo con tinta y gouache
(40 x 30 cm).

Leslie Spak se formó como cineasta y fotógrafa en Emerson College (Boston, EE. UU.) y, posteriormente, continuó sus estudios de Fotografía en el Centro de la Imagen, en Lima, donde también fue docente durante varios años.

Su práctica artística se desarrolla a través de diversos medios y técnicas como el bordado, la fotografía, el dibujo y la técnica mixta.

Los temas que aborda en su obra son variados, aunque destacan especialmente la herencia familiar y la identidad *queer*. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas, y su trabajo forma parte de colecciones privadas en Perú, Brasil, México, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Singapur, entre otros países.

En 2016, la editorial argentina La Luminosa publicó *Sangre*, su primer fotolibro, que actualmente forma parte de importantes bibliotecas y colecciones especializadas alrededor del mundo, como Folio e Hydra (México), Fundación Foto Colectania (España), PRINTED MATTER, INC. (EE. UU.), The Photographers' Gallery (Inglaterra), Loporello (Italia), así como Turma y FoLa (Argentina), entre otras. Actualmente, vive y trabaja en Lima.



Leslie Spak
(Lima, 1976)